

Trunca todos sus pasages, suprime lo que precede, ó lo que se sigue á un testo que no podia entenderse sino por medio de las palabras omitidas, y que mediante la supresion, tiene un sentido enteramente contrario al del autor. Algunas veces presenta las objeciones como si fuesen respuestas, y las respuestas como si fuesen objeciones, y suele apoyar sus opiniones con los pasages que las destruyen. De este modo elige por primer fundamento de su sistema el testo del tercer libro del libre albedrio, en que S. Agustin decide espresamente, que nuestra libertad se establece mas bien que se destruye con la presciencia divina. La razon del santo doctor, segun el estilo de su tiempo, consiste en que la presciencia no impide que la voluntad sea voluntad, esto es, que la libertad sea libertad, ó que la voluntad sea una potestad libre de toda necesidad. El mismo Jansenio conviene en que el santo lo entiende comunmente así contra los Maniqueos; y aun el término de voluntad se toma aqui en un sentido mas riguroso, por un acto libre de toda necesidad, pues se trata, como se ve claramente por el contesto, de la voluntad segun se hallaba en el primer hombre, el cual, por confesion de Jansenio, no pudo hacerse reo, sin estar escento de necesidad. Pero con el simple equívoco de la palabra *voluntad*, que puede tomarse por la facultad de querer, ó por los actos particulares de esta facultad, todo lo enreda el novador, y en medio de esta confusion establece su sistema por medio de diez paréntesis,

que en el pasage citado del santo doctor confunden otras tantas veces el acto particular de la voluntad con la facultad de querer. Maniobra tan tortuosa, que apenas se ha podido presentar aqui mas que el primer hilo de ella, por cuyo medio puede cualquiera hallar su explicacion perfecta en el cotejo de los monumentos que hemos indicado. Por lo demas, basta lo dicho para dar á entender á todo hombre recto la enorme distancia que hay entre la doctrina del Augustinus de Ipres y la del verdadero Agustin, sin que un título tan manifestamente usurpado sea ya capaz de alucinar á nadie.

Por mas que se engalane con los despojos robados; que los esparza con toda la profusion del latrocínio; que haga mas caso del número de los testos que de su peso y de su conveniencia ó coherencia; que para espantar con la muchedumbre amontone con las citas que al parecer le favorecen, las que le son perfectamente inútiles, y que repita un mismo pasage ciento setenta veces bien contadas: no se verá en toda esta trapisonda mas que el apuro de un general, que hallandose con pocas fuerzas, hace que tomen las armas los galopos y criados del ejército, manda frecuentes evoluciones, y con poca gente presenta un ejército formidable en la apariencia, para que huyan los enemigos, con los cuales cree que no puede pelear. Pero si con todo eso llegan á las manos, se vale de mil artificios para escaparse, amenazando que volverá á la refriega sin cumplir jamás su palabra. De este modo,

viéndose Jansenio estrechado con un argumento vigoroso, corta de repente el hilo del discurso, atraviesa otra especie, y remite á otro lugar de su obra la solucion que promete, sin volver á acordarse ya de su promesa ni de su honor. Esta es una parte (porque ¿quien podria decirlo todo?) Esta es una parte muy pequeña de los artificios del que se vende por discípulo de S. Agustin. Este modo de proceder ¿será propio de un intérpetre sincero y religioso de los padres de la Iglesia?

Seguramente no sirvió de modelo al Agustino de Ipres el Agustin de Hipona, sino las alteraciones que en él hicieron Lutero y Calvino; el siervo-albedrío de Lutero, y la diatriva sacrilega de Calvino contra el santo concilio de Trento. Tiene tal ayre de familia el semi-calvinismo, que no es posible desconocer á sus padres. En mil pasages, y especialmente en el capítulo seis del libro sexto de la gracia de Jesucristo establece Jansenio por dogma capital, de donde en efecto se deriban todos los demas, que la libertad que se requiere por la sagrada escritura, para las acciones buenas ó malas, y contra la cual se levantaron tantos hereges en la Iglesia, no es otra cosa que lo que es verdaderamente voluntario; de donde infiere que subsiste con la necesidad que mueve á la voluntad á una sola cosa, y que no se destruye sino por la coaccion ó la violencia que se hace á la misma voluntad, ó á los actos que produce. Y como este género de violencia es imposible, sostiene que no

hay ningun acto de la voluntad que no sea libre, y que el amor que tienen á Dios los santos en el cielo, y el que Dios se tiene á si mismo, son compatibles con esta libertad. ¿Puede darse una cosa mas clara y terminante? Sin embargo, para que no quede ni un asomo de duda sobre el sentido de espresiones tan duras y estrañas, añadiremos que los mas seguros intérpetres del Agustino novador, sus discípulos favoritos y mejor iniciados en sus misterios, Arnaldo en su apologia de los santos padres y en su Agustino victorioso, Arnaldo y la turba multa de sus compiladores sostienen en mil escritos y de mil maneras, que todo lo que es voluntario es libre, que la necesidad de inclinacion natural ó que proviene de la concupiscencia dominante, no destruye la libertad; que basta la escencion de coaccion ó de violencia para la libertad verdadera, y para merecer premio ó castigo; que no es la necesidad simple ó voluntaria, sino únicamente la necesidad de coaccion, de fuerza y de violencia la que ofende á la libertad; que el pecado propiamente tal, y verdaderamente digno de ser castigado en el hombre que le comete, es necesario con una necesidad propia, efectiva é inevitable; y que Dios le castiga justamente, aunque el hombre se vea obligado á cometerle por la tirania de su concupiscencia, y aunque, bajo esta tirania esté en una imposibilidad absoluta de evitarle.

Veamos si Lutero y Calvino se explicaron de otro modo, ó á lo menos si produjeron en este

género alguna cosa mas escandalosa substancialmente. Seria calumniar en ellos el sentido comun y su doctrina, si se creyese que imponen á la voluntad del pecador una necesidad de coaccion y de violencia propiamente tal. Oigamos al mismo Lutero en su obra favorita, y la mas análoga á la violencia de su génio. He aqui los propios términos de su libro ferreo intitulado el Siervo-albedrio: "Nosotros obramos necesariamente, pero no por fuerza: esto es, el hombre destituido del espíritu de Dios hace el mal, no contra su voluntad y con violencia, como si se le arrastrase echandole un cordel al cuello, sino por su gusto y con plena voluntad. A esto llamamos necesidad inmutable, porque su voluntad no puede mudarse é inclinarse á otro lado. Ademas: si Dios obra en nosotros, nuestra voluntad mudada entónces, y suavemente inclinada por la voluntad de Dios, quiere y obra por su gusto, y no con una coaccion que es incompatible con su naturaleza; porque si fuese violentada, ya no sería voluntad, sino mas bien voluntad, si podemos esplicarnos así."

Calvino viene á decir lo mismo. "Si se opone (dice) la libertad á la coacción, confieso y sostengo invenciblemente que tenemos el libre albedrio, y miro como herege á cualquiera que piense de otro modo: si se le llama libre (digo) en el sentido de que no sea violentado por una fuerza estrínseca, sino porque obra por su gusto. No se infiere que tengamos libre albedrio (dice en la obra mas meditada de cuantas escribió)

de que tengamos un poder igual para hacer y querer el mal y el bien, sino solo de que estemos libres de coaccion: libertad que subsiste aunque seamos depravados, aunque estemos sujetos al pecado, y no podamos menos de pecar. Por consiguiente se dice que goza el hombre del libre albedrio, no porque tenga el poder de determinarse con igual libertad al bien y al mal, sino porque hace el mal voluntariamente, y no por fuerza."

Los discípulos de Lutero y de Calvino, como tambien los de Jansenio, siguen unánimemente esta misma doctrina. "Está hecha la paz entre los católicos y los luteranos [dice Bucero], si la sola coaccion es incompatible con la libertad. Porque lo que dicen los católicos de que el hombre tiene libre albedrio, debe entenderse de una libertad exenta de coaccion y no de necesidad; y lo que dicen por el contrario los luteranos de que el hombre no tiene libre albedrio, debe entenderse de una libertad exenta de necesidad y no de coaccion. "Siendo esto así, ¿no podemos decir tambien nosotros de un modo absoluto, y no solamente hipotético: luego está hecha la paz entre los Jansenistas y luteranos? Basta para justificar esta consecuencia el solo anuncio ó epigrafe que se lee en estos términos en un capítulo de Jansenio: "necesidad de coaccion, y necesidad simple ó voluntaria. Aquella y no esta es incompatible con la libertad."

Entre los demas discípulos de los dos herejes
Tom. IX. Z

siarcas, uno define el libre albedrío *la facultad ó el poder de querer sin coacción*, y hace las paces con los que convienen en que la necesidad ó la inmutabilidad que no proviene de la coacción, sino de la naturaleza y de la voluntad, no perjudica en nada á la libertad. Otro dice que el libre albedrío del hombre corrompido, no es mas que la potestad natural de elegir sin ser violentado, y que todo lo que está esento de coacción es libre.

Teodoro Beza se gloria de enseñar claramente en una especie de catecismo, que la libertad no se destruye por la necesidad, sino únicamente por la coacción. Para establecer que aun la necesidad de pecar no quita la libertad, trae Moulin por prueba á todos los demonios, los cuales son necesariamente malos, y pecan muy libremente, como que no se les hace violencia para pecar; y que Dios necesariamente bueno es sumamente libre. Apurariamos la paciencia del lector, si nos empeñasemos en citar todos los doctores hereges que usan el mismo language. ¿Más á que efecto tantos testimonios en particular, quando el calvinismo reunido en cuerpo dió sinodicamente en Dordrecht el decreto que sigue? "La voluntad del hombre por su esencia permanece siempre libre, aún quando es determinada á una sola cosa, porque la libertad no es incompatible con toda necesidad y con todo género de determinacion. Es incompatible á la verdad, con la determinacion de violencia, esto es, con la necesidad de coacción;

pero se hermana perfectamente con la necesidad de infalibilidad, puesto que Dios aborrece necesariamente el pecado, esto es, por la necesidad de su naturaleza ó de su inmutabilidad, y con todo eso le aborrece libremente."

A pesar de nuestra brevedad parecerán muy largas estas citas á ciertos lectores; pero es necesario poner á la vista de algunos otros los varios pasages semejantes, ó por mejor decir, idénticos, que se encuentran, relativamente á la libertad, en el doctor de Ipres, y en el de Wittemberg ó el de Ginebra. Para ser útil á estos, sin molestar á aquellos, indicare solamente, como los principales repertorios del Augustino plagiarío, son las producciones calvinísticas de Juan Scharp, de Gerónimo Zanch, y de Pedro Moulin.

En un tratado bastante corto, cuyo título es: *Del estado miserable del hombre en la esclavitud del pecado*, presenta Scharp tan completa y puntualmente las opiniones de Jansenio, como tambien los pasages de san Agustin, acomodados á su arbitrio para que le sirvan de apoyo, que si no supiesemos que este tratado se publicó treinta años ántes que el *Augustinus*, creeriamos que era un compendio de él. Aun mas servilmente sigue el nuevo Augustino al calvinista Zanch, el cual parece haber merecido su predilección entre todos estos doctores de la heregía, si es que podemos mirar al plagiarío como amigo del autor. No le pierde pisada; se apropia todos sus descubrimientos, y le roba, no solo las opiniones,

sino tambien el estilo, y las mas veces las expresiones mismas. Los que quieran persuadirse á esta verdad, no tienen que hacer mas que cotejar el capítulo sexto del libro primero de los tratados teológicos de Zanch con los capítulos cinco, seis y diez y siete del libro sexto de Jansenio sobre la gracia de Jesucristo. El libro de Moulin sobre la gracia y el libre albedrio, publicado pocos años antes del Jansenismo, no solo pareció un compendio del *Augustinus*, sino que le tubieron por tal algunos partidarios de Jansenio, y no de los ménos hábiles. En efecto era muy facil equivocarse, como se puede ver, recorriendo solamente los sumarios de la obra: á saber la libertad compatible con la simple necesidad; la necesidad de pecar sin excusa para el pecador; la imposibilidad de cumplir los preceptos; la ridiculidad de la gracia suficiente, la eficacia de toda gracia medicinal; la restriccion de la caridad del Redentor y de la voluntad de Dios con respecto á la salvacion de los hombres; el paralelo de la doctrina comun con el semipelagianismo, &c. De forma que son tan semejantes todos los artículos, los racionios y las autoridades en que se fundan, que es preciso convenir en que una de estas dos obras está tomada de la otra; y como el calvinista es el primero que escribió, no tendremos dificultad en asegurar que el plagario es el jansenista.

No contento Jansenio con tomar su doctrina del manantial inficionado de los heresiarcas, se vale de sus razones y discursos, aprovechando

tambien las citas con que cree conciliarla alguna autoridad. Por ejemplo, quiere probar que sola la coaccion destruye el libre albedrio, porque la simple necesidad está unida con la libertad en Dios, en los ángeles, en los bienaventurados, y aun en los demonios. Ademas de la semejanza que se advierte en los testos que hemos referido de muchos sectarios, Chamier habia discurrido ya así ántes de Jansenio. "El libre albedrio de Dios, de los ángeles, de los diablos, de los bienaventurados, y de los condenados, dice, es verdaderamente libre, y con todo eso no está esento de la necesidad interior; luego el libre albedrio no está siempre esento de esta necesidad." Calvino habia dicho ántes que Chamier: "si la necesidad que tiene Dios de hacer el bien no impide que su voluntad sea libre en sus operaciones; si el diablo que no puede menos de obrar mal, peca sin embargo libremente, ¿quien será el que diga que el hombre no es libre, porque tiene necesidad de pecar?" Wiclef habia sostenido antes que Jansenio, Chamier y Calvino, que los ángeles tienen libertad, aunque son arrastrados por una necesidad invencible á hacer lo que hacen; y que Dios es libre en todo lo que hace, aun en la produccion del Verbo y del Espíritu Santo, aunque los produce por una necesidad absoluta. ¡A tanto llegó su desatino!

De esta nocion de la libertad se sigue claramente, que el hombre no puede cumplir los preceptos y abstenerse del pecado; que Dios le manda cosas imposibles, ó le reduce á la nece-

sidad de pecar; que por consiguiente no da Dios á todos los hombres las gracias necesarias para evitar el pecado y el infierno; que no quiere la salvacion de todos los hombres; que no murió por todos los hombres, sino solo por los que se salvan en efecto, ó solo por los predestinados; y por una consecuencia unida con las premisas, del mismo modo que los eslabones de una cadena, se seguiria que Dios, usando de una conducta bárbara, habria criado al mayor número de los hombres solamente para hacerlos infelices por una eternidad por un modo inevitable: blasfemia, cuyo horror conocieron Jansenio y Calvino, y como ambos tienen un mismo interés, procuran unánimemente paliarla. Descubramos el secreto de ambas sectas, y veamos su comun respuesta á esta dificultad, ó por mejor decir, su comun audacia para cortar este nudo gordiano, en vez de desatarle. Calvino dice claramente que el pecado no deja de ser digno de castigo, porque sea necesario, porque la imposibilidad en que están ahora los hombres de no querer otra cosa mas que lo malo, no proviene de la creacion, sino de la corrupcion de nuestra naturaleza, ó de que Adan se puso por su gusto bajo la tiranía de Satanás. Chamier, interprete de Calvino, apoya su doctrina, y sostiene que porque el pecado sea necesario, no se puede decir que no es pecado, supuesto que nuestros pecados no provienen de la creacion, sino de la corrupcion causada por nuestro primer padre. El Calvinista Zacarias de Ursinis da una esplicacion particular

para entender bien el secreto de Jansenio y Calvino. "Los que pecan necesariamente (dice) serian á la verdad castigados injustamente, si esta necesidad de pecar no se hubiera contraido voluntariamente; pero los hombres contrajeron voluntariamente esta necesidad en sus primeros padres." Leanse ahora los pasages en que Jansenio dice y repite de mil modos, que la necesidad de pecar proviene de la libre determinacion de la voluntad de Adan, y que no es mas que la perpetuidad é inmutabilidad de esta voluntad primera. Compárense con las ideas y opiniones atroces de Calvino, y se hallará una uniformidad perfecta entre las máximas de estos dos autores, tan distantes del comun modo de proceder del entendimiento humano, que es imposible creer que hayan ocurrido á dos hombres, sin que el uno haya consultado ó robado al otro.

Lo mismo sucede en el nuevo Augustino con las citas, que con los principios ó fundamentos y discursos. Todo es en él de una misma fábrica. Todo sale del taller Lutero-Calvinístico, y tiene su marca. El famoso testo de S. Agustin, tomado del libro quinto de la ciudad de Dios, capítulo primero, la traen igualmente Jansenio y los discípulos de Calvino para autorizar la célebre distincion de las dos necesidades, y la concordia luterana da la simple necesidad con la libertad. Jansenio y el calvinista Pareo se valen tambien de comun acuerdo, así del capítulo veinte y dos de la ciudad de Dios, como del ciento y cinco del Enquiridion del mismo padre, á fin de

persuadir que nuestra libertad, no de otro modo que la de los bienaventurados, puede subsistir con la necesidad. La misma conformidad podría mostrarse en las citas de san Bernardo, san Hilario, san Próspero, san Anselmo, el maestro de las sentencias, santo Tomás y san Buenaventura. ¿Porque de qué no se agarran los novadores, á pesar del desprecio con que miran todas las cosas que tiene alguna relacion con la escuela? ¿Y con qué cara se atreven á invocar á santo Tomás, cuando en términos espresos, hablando del libre albedrio que se supone determinado en su eleccion por la necesidad, aunque sin violencia, dice: *esta opinion es herética, y no solo contraria á la fe, sino á todos los principios de la filosofia moral?*

Podriamos haer un paralelo de las respuestas de Jansenio á las objeciones de los católicos, con las de Lutero y Calvino. Pero aunque unas y otras se reducen con corta diferencia á confundir el libre albedrio con la facultad de nuestra alma, que se llama voluntad, la cual, no siendo destruida por el pecado, y conservando su flexibilidad natural, puede siempre variar y podrá inclinarse al bien cuando tenga los auxilios que le son necesarios para quererle; con todo eso nosotros detendremos mucho en este misterio de iniquidad, y manifestaremos solamente lo que de él dice Lutero adoptándole al mismo tiempo que trata de ridiculizarle. "Aunque esta especie de libre albedrio (dice) se llamaria con mas razon variable ó versatil, que libre, concedamos por a-

buso que esta inestabilidad constituye la libertad. Siendo esto así, la voluntad del hombre no ejerce mas funciones que la de una bestia de carga. Si Dios la monta, quiere y va adonde Dios quiera; y si satanás, va adonde quiere satanás. "Visto está que Lutero y Jansenio convienen aun en la alegoria. El macho de que habla Lutero, y la balanza de Jansenio, con sus pesas numeradas con gracia y concupiscencia, son emblemas diferentes; pero su sentido es el mismo.

Tambien seria facil hacer ver en los monumentos heréticos los sarcasmos é injurias que vomita Jansenio en todos sus libros contra los teólogos y los filósofos católicos, y contra la misma teología y filosofia. Pero cada uno puede satisfacer su curiosidad en este punto, abriendo por cualquier pasage los libelos innumerables y perfectamente semejantes de ámbos partidos. Aun la injuria que repite Jansenio con mas complacencia, la nota con que procura denigrar la nocion comun del libre albedrio, á la cual llama aristotélica y profana, se hallará en la mayor parte de los escritos de Lutero, de Melanchton, de Calvino y de sus muchos copiantes. No contento con calificarla de profana, la trata tambien de pelagiana, y dice que en varios puntos es mas perniciosa que el pelagianismo. Aun por esto el sínodo calvinístico de Dordrecht habia decidido que los papistas seguian los errores de Pelagio, aunque los reprobaban con la boca, y despues de Calvino habia escrito Melanchton que la teología de los escolásticos era en esto mas impura que

la de los pelagianos. Jansenio insertó en sus libros de la heregía pelagiana un paralelo de la opinion de los teólogos modernos con la de los semipelagianos: y en el libro tercero de Calvino sobre el libre albedrio se encuentra el paralelo de la doctrina de Trento con la de Pelagio. Pedro Mártir hizo el paralelo de los pelagianos y de los papistas con el título de *Cotejo de nuestros contrarios con los Pelagianos*; y el paralelo cuya invencion se atribuye Jansenio, está de tal modo tejido de frases y pasages enteros de Mártir, de Calvino y de todos esos hereges cenudos y descarados, que si se pusiesen los nombres de Papistas, Trentistas, Sorbonistas y de algunos otros católicos en lugar de los escolásticos y teólogos modernos, no le quedaria nada suyo.

Es pues tan poco cauto el novador plagiarío de los heresiarcas, como ardiente en compilar sin discernimiento sus producciones envenenadas. Todo lo que en su libro se aparta del comun sentir de los teólogos; todo lo que tiene algun atractivo para los entendimientos superficiales, y estomaga á los hombres juiciosos y solidos; todo lo que en el admiran los panegiristas cismáticos y anatematizan los censores católicos; en fin, todo lo que excita tanto entusiasmo y tanto horror, es tomado de otros, aunque se pretende que se mire como propio de Jansenio. El que quiera saber cuantos plagios y latrocinios cometió Jansenio, es necesario que sepa tambien cuantas aserciones capitales ó de alguna importancia hay en su libro; cuantos argumentos especiosos

de que se vale para establecerlas; cuantas son las respuestas ilusorias que da á los que le contradicen; con cuantos sarcasmos, injurias y acusaciones ignominiosas oprime á los escolásticos, ó á todos los teólogos católicos; y en fin, cuantos testimonios alega de los santos padres, y especialmente de san Agustin, pero testimonios mutilados, acumulados sin número y sin eleccion, para deslumbrar ó aterrar, traídos á salga lo que saliere, entendidos al rebés, manejados sin destreza cuando no hay quien le guie, cuando no tiene algun maestro de la escuela de Ginebra ó de Ausburgo, que le lleve de la mano. Alábase cuanto quiera de haber leído diez veces á san Agustin, y treinta las obras de este santo padre contra la heregía de Pelagio. No, nos opondremos á ello. Puede muy bien haberlas leído muchas veces; pero á retazos, truncadas, violentadas, desfiguradas y absolutamente desnaturalizadas, como lo estan en los comentarios de Wiclef, de Juan Hus, de Lutero y de Calvino.

Por clara que sea la manifestacion que hemos hecho aquí de los robos del falso Augustino, no se crea que no hay otros que echarle en cara; ántes bien es necesario tener presente, que solo hemos tratado, en cumplimiento de nuestra promesa, de un punto de su doctrina, la cual á la verdad estriba toda en este punto fundamental.

Pero aun en este punto no hemos hecho mas que descubrir los principales plagios; de donde se puede inferir cuantos habrá en toda la

obra: robos innumerables, robos sumamente vergonzosos, no solo por la naturaleza de este latrocinio, el cual indica una incapacidad orgullosa, ó á lo menos una soberbia mayor que la capacidad, sino mucho mas por la naturaleza de las cosas sobre que recae. En efecto, ¿qué cosa mas vergonzosa para un escritor, que pretende ser tenido por católico, que tomar todas sus opiniones, y casi todos sus pensamientos, de los predicantes sublevados con mas furor contra la Iglesia, de los heresiarcas y de los impios mas odiosos de la última edad, de los hereges de todos los siglos, del almacen general de la heregía, y por decirlo así, del laboratorio infernal, y del taller de satanás? ¿Puede dejar de ser contagioso cuanto salga de este manantial inficionado? Convendremos en que este prodigio es absolutamente posible, y en que por mas sospechosa que sea una doctrina formada de semejantes elementos, sin embargo como no todo lo que escriben los hereges es siempre herético, no quedaria convencido de heregía el libro de Jansenio precisamente por haberse formado con los de Lutero y Calvino, pues para esto es necesario que los errores y la misma substancia de la heregía de los unos se haya refundido, por decirlo así, en el otro. Pero, para convencerse de que es puntualmente esto lo que ha sucedido, ¿se necesita otra cosa que el testimonio de los sectarios, los cuales han ofrecido tantas veces la paz á los católicos con la sola condicion de que se les permita defender el principio fundamental del sistema de Jansenio; los

cuales reducen á esto todo el objeto de su diferencia ó discordia con nosotros, acerca de la gracia y de la libertad; los cuales reconocen que todos los anatemas de Trento caen directamente sobre esta basa del jansenismo y del calvinismo?

Podrian alegarse todavia las reclamaciones de las escuelas católicas, de los concilios posteriores al de Trento, de los sumos pontífices, de los obispos y del cuerpo episcopal, y el voto unánime de los pastores y doctores, que desde el origen de las nuevas opiniones advirtieron en ellas la doctrina escaltada de los últimos hereges, y los errores condenados por el último concilio ecuménico. Pero hemos de citar autoridades de otro peso para aquellos á quienes nos proponemos convencer ó confundir. Oigan pues al ministro calvinista Samuel de Marais en el prólogo del catecismo de los jansenistas, obra tan de su gusto, que la tradujo al latin.

En primer lugar asegura, que Jansenio volvió fuertemente por la causa de Bayo, sapientísimo profesor de teología en Lovaina, y poco distante del reyno de los cielos. Dice despues que estas controversias acerca de la gracia son muy importantes para el triunfo de la verdad, y para la prócsima ruina de la silla del Anticristo: "porque la autoridad del papa (añade en prueba de esto) se debilita insensiblemente, no solo con lo que escribieron é hicieron Arnaldo, doctor de la Sorbona, y sus partidarios, sino tambien con las mismas controversias sobre la gracia, en qua